

## El concurso de cuentos de 1926

La transformación social experimentada en Linares desde iniciada la expansión minero-industrial y demográfica a mediados del siglo XX, también incidió de una forma importante en la vida cultural de la ciudad. A pesar de la contradicción social analfabetismo/cultura de aquella sociedad, lo cierto es que la proliferación de ateneos, círculos literarios, sociedades culturales y teatrales, liceos..., tales como "Thalía", "La Velada", "La Unión", "El ateneo de la Juventud"..., entre cuyos objetivos se perfilaron tertulias, recitales poéticos, representaciones teatrales, certámenes literarios, edición de libros, etc., reactivaron el panorama cultural linarense.

Entre estas sociedades y esos objetivos debemos encuadrar el concurso de cuentos que en 1926 convocó la sociedad "Amigos del Arte", cuya edición facsímil de los cuentos ganadores rescatamos ahora como recuerdo de un tiempo pasado que no siendo mejor (por aquellos años bajo la férula de la dictadura de Primo de Rivera) constata que en Linares el hecho cultural y literario asociativo ha sido una referencia constante desde el último cuarto del siglo XIX hasta la actualidad.

Veintinueve cuentos y una novela participaron en aquel concurso de 1926. Una participación elevada, si tenemos en cuenta los altos índices de analfabetismo que por aquellos años aún tenía la población. Y otro aspecto a destacar: el importante papel que las mujeres tuvieron en aquel certamen, como queda de manifiesto tanto con la acertada presentación y crítica literaria de los trabajos ganadores que recogió Carmen Arteaga, como en la ganadora del segundo premio, Araceli S. Bailón y Magán. Un documento para enmarcar dentro de la historia literaria linarense.



CUENTOS

# EL ROMANCE INCONCLUSO

PRIMER PREMIO, POR

ANTONIO VIÑOLO MONTES

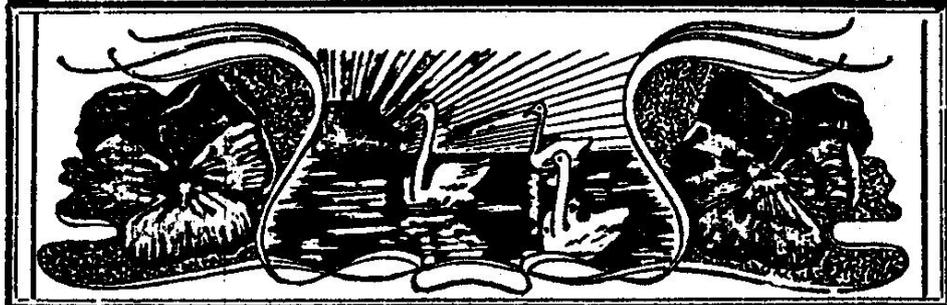
# ALMA DE MUJER

SEGUNDO PREMIO, POR

ARACELI S. BAILÓN Y MAGÁN

CONCURSO DE CUENTOS CELE-  
BRADO POR LA SOCIEDAD "AMI-  
GOS DEL ARTE", DE LINARES, EN  
25 DE MAYO DE 1926, CON UN  
PRÓLOGO DE LA CULTA SEÑORITA  
::: CARMEN ARTEAGA :::

*Precio: 50 céntimos*



## AL LECTOR



Organizado por la Sociedad cultural "Amigos del Arte", se celebró en el mes de mayo último un concurso de cuentos con la tendencia principal de que los jóvenes escritores de esta provincia hallaran la facilidad de dar a conocer con más relieve sus producciones literarias, porque al ser éstas publicadas en periódicos o revistas, las de verdadero mérito alcanzan una existencia efímera, mientras que en los concursos, las que consiguen ser premiadas, por su difusión más extensa y constante, son mucho más duraderas sus enseñanzas y queda más fijo en la mente del lector la inspiración educadora y el fondo moral del asunto.

La Sociedad "Amigos del Arte" siente la mayor satisfacción por el éxito obtenido en esta empresa de cultura. Al cumplirse el plazo de admisión se habían recibido veintinueve cuentos y una novela, e inmediatamente se nombró el Jurado compuesto por personas de alto valor literario y estricta imparcialidad que dictó el fallo concediendo los tres premios establecidos para este concurso en la forma siguiente:



### PAG. 4

Primero. "El Romance Inconcluso". Lema. "Simónides" de D. Antonio Muñoz Montes.

Segundo. "Alma de Mujer". Lema. "Nacia las Cumbres" de D. Arcadio S. Batlón y Moján.

Tercero. "La jaula de oro". Lema. "Josefina" de D. Miguel Castellanos Cruz.

También el Jurado hizo especial y honrosa mención a otros dos de los trabajos presentados, y acordó recomendar, además de éstos, nueve cuentos para su publicación en la Prensa local.

A continuación de conocerse el fallo, se celebró un certamen en el teatro Olimpia, y ante una numerosa y selecta concurrencia se dió lectura a los tres cuentos premiados y al acertado juicio crítico que sobre los mismos hizo la brillante escritora señorita Carmen Arteaga.

Por razones completamente ajenas a esta Sociedad, el autor del tercer cuento premiado don Miguel Castellanos Cruz, solicitó la retirada del mismo y por este motivo no figuran en la edición nada más que los dos primeros.

Linares, septiembre 1926

La Directiva



## Señores del Jurado; distinguido público:

Vedme aquí inopinadamente convertida en juez de este concurso.

Alguien que tiene sobre mí la autoridad del maestro y del amigo, indicó hace tres días al Presidente de la Sociedad «Amigos del Arte» que yo podía hacer la crítica de los trabajos premiados. Inmediatamente me visitó el Sr. García del Castillo, y enterada del objeto de su visita, accedí gustosa, aunque el tiempo era escaso y estábamos en plenas fiestas, por tratarse de cooperar, si quiera sea indirecta y brevemente, a los fines culturales de tan simpática Asociación, y por venir a mí su digno Presidente en nombre de persona tan estimada que sus insinuaciones tienen fuerza de mandato.

Por esta razón vengo a dar mi modesto parecer sobre los cuentos favorecidos con premio, señalando su mérito y belleza.

Es el «cuento» una forma literaria de noble y antiquísimo abolengo, sujeta a ciertas condiciones estéticas y tradicionales difíciles de llenar, pero esenciales para diferenciarlo de la novela corta, la leyenda, el apólogo y la miscelánea. Por eso han fracasado tantos ingenios que, si alcanzaron fama de novelistas, moralistas o poetas, no llegaron a ser «cuentistas».

La abundancia de estas narraciones breves y sencillas, entretenidas y conmovedoras, didácticas e ingeniosas, es enorme; su infinita variedad es inabarcable en la literatura de todas las épocas y países, pues este género literario, que aparece en Egipto, vive también en la India, en la Persia, en la Arabia y en Europa. Su origen y desarrollo ha sido objeto de profundas investigaciones,

### PÁG. 6

sin llegar a ponerse de acuerdo los eruditos, porque cada escuela o grupo le asigna un principio diferente.

España es uno de los pueblos que más han cultivado el «cuento» y con fortuna, como lo prueban entre otros testimonios la «Disciplina Clericalis» de Pedro Alfonso, las traducciones de «Calila y Dimna», el infante D. Juan Manuel, los dos Arciprestes, Melchor de la Cruz, Juan de Mal-lara, el aménisimo y fecundo Timoneda y Trueba en sus incomparables y saladisimos cuentos populares.

Los hay muy buenos en la obra literaria del P. Coloma, la Condesa de Pardo Bazán, Eusebio Blasco, Rodríguez Marín, Valerio Serra, etc. Difícilmente se hallarán cuentos de mayor delicadeza que los de Menéndez y Pelayo. Su «Historia de un capullo» es un modelo de exquisita gracia y finura, y como «narrador» de chispeante ingenio tenemos hoy al Sr. Conde de las Navas.

Apenas hay literato que no haya escrito varios cuentos; por eso es de aplaudir la decisión y el esfuerzo de los señores que han acudido al torneo literario de «Amigos del Arte», sin reparar en obstáculos ni detenerse ante la idea del fracaso. Todos han luchado y todos han vencido, aún los que no obtuvieron premio, porque luchar noblemente y con arrojo supone ya el triunfo de nuestra voluntad sobre el temor y el pesimismo.

Concretándome al tema, comienzo por el cuento que ha merecido el segundo premio, por ser la autora una mujer.

Se adivinaba que lo era desde el primer momento, pues aunque Benavente, Martínez Sierra y Palacio Valdés han sabido penetrar los secretos del alma femenina y retratarla a maravilla, sólo una mujer de elevado temple, capaz de sentir y de llegar a la abnegación y el heroísmo de la protagonista, puede plantar con tanto cariño como lo hace la Sra. Bailón, el tipo de Evangelina. Es una figura bien dibujada y bien colocada, ocupando toda la escena y llamando sobre sí la atención y el afecto de los lectores. Las otras aparecen y se ocultan cuando conviene, sirven para formar el cuadro, sin interrumpir la unidad de acción. Están en «su papel» la vieja Camila, tío Miguel, el labriego cargado de hijos, y la tía Rosa, dejando el primer término a Evangelina, alma



de mujer grande que sabe amar y perdonar. Gozamos viéndola feliz y enamorada, sufrimos después en su abandono, más tarde aplaudimos y admiramos su generoso proceder y su fidelidad al recuerdo del amor primero y único.

La hijita de Alberto es para Evangelina el testimonio constante y palpable de su desdicha, de su vida truncada, de sus ilusiones desvanecidas; lleva hasta el mismo nombre de la mujer que le robó el corazón de Alberto, y sin embargo Evangelina acalla el odio, olvida la ofensa; no ve que la niña lleva en las venas sangre de su rival, sino de Alberto, el hombre amado a cuya dulce memoria rinde tributo de cariño protegiendo y amparando a la huérfana.

El asunto es sencillo, natural y agradable. Se presenta bien, se desarrolla con soltura y llega al desenlace sin esfuerzo ni rebuscamiento. En él campea la espontaneidad. No es tema nuevo, pero sí de honda emoción, expuesto con frase correcta no exenta de elegancia. Sin pretenderlo acaso nos presenta la autora una de esas mujeres santas que viven para sufrir ellas y hacer felices a los que las rodean.

El cuento de la Sra. Bailón revela que ésta es capaz de mayores empresas y merecedora en esta ocasión del fallo favorable que ha emitido el Jurado.

El "Romance inconcluso" laureado con el primer premio, es de mayor extensión; verdadera fantasía a velas desplegadas, denota en su autor una imaginación poderosa y creadora capaz de transportar al lector al país de los sueños donde vive la Princesa.

Al final, recuerda algunas dolores de Campoamor, especialmente una en que el alma pide la felicidad a los niños, a las hermosas y a los sabios, y todos les responden: "Id más allá". Sus versos y giros modernistas parecen de la escuela de Rubén Darío y la pompa de la prosa rica en imágenes se halla emparentada con la poesía de Salvador Rueda y otros literatos americanos. La pluma del Sr. Viño o sabe pintar con tan intenso colorido como el pincel luminoso de Fortuny.

La magnificencia del estilo asiático-oriental obscurece un poco el asunto que en forma simbólica entraña profunda moraleja. Nos hace ver el engaño en que vivi-



mos, y cómo la reflexión debiera guiarnos en vez de la fantasía loca, para recorrer con paso firme la senda de la vida.

Por último, "La jaula de oro" es cuento de gran intensidad dramática. Los personajes principales son Josefina y el parroco; la muerte de los dos valientes soldados sirve de introducción para explicar la determinación que toma la joven de consagrarse a Dios para siempre. Hay choque de pasiones y sentimientos que prestan belleza y relieve al asunto. Es de un vigor extraordinario el momento en que Josefina se encuentra con el sacerdote, cuando va a consultarle sobre su vocación de religiosa, ignorando que remueve, inconsciente, el fuego que en otro tiempo levantó su hermosura. Amor purísimo, desconocido por ella y sepultado por él en el fondo del alma. Al verla en aquella hora propicia, se turba, duda y vacila, pero al cabo triunfa de sí mismo. Acertada es la solución de reunir a estas dos almas para el alto fin de cuidar y sostener un asilo. Tiene hondo dramatismo la muerte de la Fundadora, y está impregnado de tristeza el cuadro del entierro, en el que van llorando los pequeños de la "Jaula de oro" que han quedado como "pajaricos sueltos".

Escena tan tierna hace pensar en otras semejantes: en las escuelas del Avemaría al morir el P. Manjón, en el Asilo de Portu coeli al morir el P. Méndez, en las escuelas de Suírot si faltase D. Manuel. Un verso de Vicente Medina se relaciona con el epílogo del cuento.

En este último trabajo es más importante el fondo que la forma; en "Romance inconcluso" la forma es superior al fondo; en "Alma de mujer" se compenetran los dos elementos formando un todo armonioso. Y basta de crítica.

Para los tres autores premiados mi felicitación sincera y perdonen el juicio que siempre resulta enojoso.

C. Arleaga





# EL ROMANCE INCONCLUSO

(CUENTO FANTÁSTICO)

Hubo una vez, por la época feliz de las maravillas, cuando las hadas reían en los aires, cuando las ondinas vestidas de caricias perdidas a la pálida señora de la Noche cantaban mil endechas prodigiosas, y cuando los felices enanitos vagaban en torno de las flores, cierta bella princesa de ojos verdes, llamada Brocamelia.

Vivía en un alcázar marmóreo, todo blanco, rodeado por magníficos jardines y mil incomparables distracciones.

¿Dónde estaba el país hermosa cuna de aquella princesita Brocamelia?...

He interrogado a las golondrinas que van y vienen incesantemente, pero ellas contestaron que lo ignoran...

—Pregúntanos de Egipto la ciclópea, de las pirámides altas y arrogantes, de las esfinges mudas e indecifrables, de los templos consagrados a Amnés y Ramphsanito, de los cocodrilos que junto al Nilo disipan sus somnolencias cazando dorados tábanos, de los ibis sagrados, hieráticos e impasibles, de la flor de loto misteriosísima; pregúntanos, ¡ay!, todas esas cosas, mas nunca del palacio blanco, que si existió, a fuer de peregrinas, te aseguramos ha escapado a nuestra vista penetrante.

PAG. 10

E interpele a los abanicos japoneses con marfilinas varillas y figuritas exóticas, a las miniaturas chinas y a los tapices orientales; pero ni los abanicos, ni las figurillas, ni los tapices, contestáronme nada....

Porque la doncellita de ojos verdes, no estuvo en esta Tierra....

Tal vez nuestra satélite logró contemplar de cerca sus hechizos; tal vez Venus albergó en su seno aquella heñdad.

Lo cierto es que Brocamelia era hermosa, muy hermosa....

Figuraos que un mago, en loco arranque de inspiración, pidiera a la aurora sus colores, a la nieve su blancura, a los mares sus perlas y corales, a las flores sus aromas, inocencia a las palomas, y con la sublime unión de semejantes elementos, forjar una mujer ideal, ultraceleste....

Pues así pintan los cronicones a la heroína de mi cuento.

Brocamelia, aduñada por los palaciegos empalagosos y refinados, mimada por la diosa Fortuna, su vida se deslizó más serena que el vuelo de los albastros sobre la inmensidad del mar.

Su retiro era una torre fabricada con los colmillos de cien mil elefantes, preseas arrancadas en bélico combate por su padre, al emperador Winfredo, al rey de los Knowdos, años atrás.

Y diz que los poetas de la Corte apostaban sus cabezas, asegurando que más pálidas eran las manos aristocráticas y alargadas de la princesita.

¡No en balde resultó tan deliciosamente encantadora, que desde que sus ojos se abrieron a la luz, las mariposas de aquel reino igno'o y fantástico, se posaron en sus cabellos; colibries todos enjovados con diademas voladoras, le brindaron mieles arrancadas a los tulipanes verdes y morados de sus jardines, y las siete hadas de las siete regiones que al imperio componían, otorgáronle siete dones a cual más preciado o digno!...

Pero a pesar de tantas maravillas, no era feliz Brocamelia.

En vano los bufones de abigarrados trajes carnavalescos y rostros horripilantes, lanzaban sardónicas



carcajadas; en vano graves y romancescos trovadores entonaban a su lado canciones incomparables: las risas de los primeros, antojábansele remedos de sollozos, y las endechas de los segundos, hipocresías veladas por antifaces cortesanos. ¡Cuántas veces, paseando por los jardines donde imponentes pavos reales desplegaban el arco iris de sus plumajes, se ponía a meditar la princesita en cosas asaz banales!

Ora un gerifalte, que por el cielo describía curvas caprichosas; ora una garza hendiendo la inmensidad del firmamento perpétuamente azulado, atraía sus miradas, haciéndolo despreciar los renúnculos rojizos cual la boca de la mujer querida; las azucenas amarillas, cual rostros palidecidos por la Envidia; y las rosas negras que en sus tirsos se alzaban, ostentando a la brisa mañanera como broches enlutados.

—Ama y señora; mi buena amita: ¿qué es lo que vela tus ojos con esos reflejos tan extraños?—inquiría la condesa Cunegunda, su aya mayor.

—Lo ignoro... Tal vez una libélula rozóme con las alas, o las gotas de rocío que a questo arbusto posee saltáronme hasta ellos—respondía.

—Ven, mi princesita—entonces Cunegunda suplicaba...—Vamos al Pabellón de los Ensueños, donde no hay humedad que pueda dañar esa vista tan preciada. Allí, Salomé, la doncella hebrea, volverá a ejecutar para ti su danza predilecta, y nuevamente la santa cabeza del Precursor sofocará sus ansias infernales; allí, si buscas algo más hermoso, escucharás las dulces palabras de Dante a la preciada florentina, porque la realidad se mezcla a la Fantasía en artística amalgama; Pablo y Virginia volverán a corretear por las praderas, y Ariel, el de la Tempestad, silfo travieso, recitará nuevamente su balada para recrearos.

—Calla, calla, que ni Ariel, ni la danzante, ni los otros, han de disipar tan rara sensación....

Y así era, en efecto. Mucho había cambiado en pocas eternidades, la princesa Brocamelia. (Allí, por eternidades se cuentan los días).

El mismo Pájaro Azul, su preferido, que en jaula de oro aposentaba, debió sufrir consecuencias, ya no tuvo luciérnagas depositadas por la blanca mano de la

## EL ROMANCE INCONCLUSO

PRIMER PREMIO, POR

ANTONIO VIÑOLO MONTES

doncella en su comedero, ni agua de azahares para calmar la sed, hasta que cierta vez la jaula le fué abierta (negligencia...? descuido...?) y partió decepcionado de esas tierras donde hasta las princesitas románicas eran ingratas!....

Pero no todo fuera espinas para ella, y héte aquí, cual dirían nuestros abuelos, el principio verdadero de la narración:

Era una noche estival, calurosa, mas no sofocante, y Brocamelia, en la torre de marfil donde quebrantábase las luces de los fuegos fátuos, meditaba.... delirando con otros países y otras cosas, entre fantaseos, entrevistas, que ansiaba locamente conocer.

De pronto, a sus piés, creyó percibir levisimo suspiro, y casi enseguida las notas de una canción emitida por voz arrobadora, rasgaron los aires:

He soñado, mi princesa,  
la de boca como fresa,  
la de cutis sonrosado,  
la de manos que son lirios  
que mitigan mis delirios,  
la del rostro idolatrado;  
He soñado, reina mía,  
suave flor de mi poesía,  
con tu faz angelical:  
tus hechizos, tus sonrojos,  
y tus labios, y tus ojos,  
y tu risa de cristal..

¡Arrogante era el trovador de acento melodioso!  
Gentil cual todos los príncipes de los cuentos,  
acompañado de la infaltable mandolina, hacía su homenaje a la gracia y cualidades de Brocamelia que, absorta, ensimismada, lo contemplaba.

Eras tú, niña hechicera,  
de un monarca prisionera  
en altísimo torreón...  
Suspirabas noche y día,  
y un arroyo que corría  
murmurando su canción  
muy romántico y sencillo,



a la vera del castillo  
te contaba, seductor,  
de galanes arrogantes,  
esforzados y galantes,  
que morían por tu Amor.

La voz del Desconocido, adquiría por instantes fuegos inusitados, músicas indescriptibles, ora arrulladoras, ora fogosas. ¡Diríase una inmensa arpa viviente!

¡Oh, visión de Primavera;  
he soñado que yo era  
un mancebo, casi niño!...  
¡Pobre iluso inadvertido,  
que buscaba conmovido  
su poquito de cariño!

Mas, cuando en creciendo incomparable, terminó esa serenata, diz que la princesita, con los ojos empañados otra vez por el «rocío nocturnal», desprendió de sus cabellos una amapola, y la arrojó a los brazos de aquel poeta, quien, llevándola a los labios, se hundió entre los fosos de la torre.

Entonces, los fuegos fátuos apagaron sus brillos; tornóse opaco el albergue de la princesa; palidieron los astros; cantaron los pavos reales, y Brocamelia sonrió, apoyada en el alféizar de la ventana, con una ilusión naciente dentro del alma!

Y al alzar sus ojos entusiasmados, ellos, instintivamente, se fijaron en la jaula otrora vacía; pero no pudo contener una exclamación de intenso placer: el Pájaro Azul, su predilecto, su favorito, había retornado de allende los mares, y ensayaba parloteos incomprensibles tras los barrotes de la prisión....

\*  
\*\*

Pasó «una década»... que fueron diez horas, y los colores volvieron a su tez otrora marchita.

Así como antes los cortesanos se susurraban:

«La princesa está triste... ¿qué tendrá la princesa? Ahora opinaban, entre asombrados y maliciosos, que

## EL ROMANCE INCONCLUSO

PRIMER PREMIO, POR

ANTONIO VIÑOLO MONTES

PAG. 14

algo incomprensible le estaba ocurriendo. (Ni aún en los países encantados muere la maldicencia).

—Señora, señora mía; ¿quieres que demos en tu honor una fiesta?—inquiría la condesa Cunegunda

—Ejecuta tu parecer, aya—contestaba, displicente, ella... Y la fiesta tenía lugar, pero Brocamelia acudía insensible como estatua.

Vanamente los más osados deslizaban a sus oídos frases madrigalizadas; apenas si se dignaba mirarlos.

Pero a pesar de todo... ¡era feliz!

¡Oh, bien lo sabía ella, que todas las noches sostuvo con el caballero amorosas pláticas, desde su torre de marfil, fabricada con los colmillos de cien mil elefantes! bien lo sabía ella, cuando le narraba su trovador de otras tierras tan venturosas, donde una emperatriz desconocida por esos dominios, alzaba su trono; bien lo supo la vez que en el cuello de su Pájaro Azul encontró la esqueja primera, bella como sonrisa, delicada como suspiro.

Así reflexionaba, mientras las antorchas se consumían en sus candelabros y los pebeteros hacían más intensa la gasa de nieve vaporizada que envolvía todas las cosas con sus efluvios aromáticos...

\*  
\*\*

—¡Princesita Brocamelia! ¡Princesita Brocamelia!

—¿Qué ocurre, condesa?

—¡Mirad, mirad ese cortejo!

Y obedeciendo su indicación, atizó la doncellita.

En efecto, largas filas de elefantes penetraban a la avenida más amplia de Palacio, guiadas por esclavos enjorjados magníficamente.

—¿Puedes decirme a qué obedece todo esto?...

—Es... el Príncipe del Engaño, mi dulce amita, que llega de un país muy lejano a... pedirnos por esposa.

—El Príncipe del Engaño?... ¡Ah, nunca, nunca!

—Aseguran que no tiene rival en arrogancia...

—¡Qué me importa!

—Que sus ojos fascinan...

—Poco es eso.

—Que el mirarlo deslumbra...



—¡Imposible!  
 —Que...  
 —Calla, calla, Cunegunda. ¡Jamás seré «de otro»!  
 —¿De otro? ¡Majestad! ¿Os habeis vuelto demente, por desdicha?...

Aseguran las viejas crónicas, que su padre, al saber la negativa, sostuvo largo conciliábulo con el pretendiente, y cuando finalizaron, los curiosos palaciegos lograron contemplar en el rostro del Príncipe del Engaño cierta sonrisa triunfal.

Aquella misma noche, a instancias de Brocamelia, raptóla en fogoso corcel más blanco que picacho de las sierras, su gentil desconocido.

Partieron a otras regiones, muy lejos del raro Imperio, donde fueron dichosísimos. y.....

COLORÍN, COLORADO...

Así terminó mi abuelita, en cierta noche de Diciembre, su cuento sentimental. Ya era tiempo, que nuestras inconsistentes cabecitas se abatían sobre las sillas, en mudas pero elocuentes protestas de fatiga.....

\* \* \*

Pasaron muchos años.

Nuestra amable narradora fué llevada a la Nebulosa de las Venturas, entre los raudos telares del Tiempo.

Los oyentes, niños entonces, crecimos ya mucho..... mucho.....

Y conocimos las amarguras del Existir, lo inconsistente del Querer, lo falso de la Humanidad. ¡Ay, cómo añhefábamos ser chicos!....

Anoche (a vosotros me dirijo ahora, amables lectores), anoche, tuve una visita en mi modesto alojamiento de Bohemio.

Con curiosidad naturalísima, quereis saber quién era.

Pues... ELLA... la abuelita, que retornaba del más allá.....

Enseguida reconocila, aunque parecía transfigurada por cierto soplo divino, poderoso. Decía, así, que ano-

## EL ROMANCE INCONCLUSO

PRIMER PREMIO, POR

ANTONIO VIÑOLO MONTES

PÁG. 16

che me habló de la siguiente manera, cual en mis mejores tiempos:

—Amado nieto: preguntarás a qué he vuelto del otro Mundo, con muchísima razón. Te diré: a terminar esa narración ¿recuerdas? del trovador desconocido y la princesa Brocamelia, que escuchásteis de aquestos labios hace veinte inviernos.

—¡Cómo!—exclamé, sin temor alguno.—¿No había concluido?...

—Efectivamente, aunque te parezca raro. Le falta el desenlace y la moraleja.

—Pero... antes lo debias de haber dicho.

—Erais muy pequeños para comprenderlo, yo estaba cansada, y además, el sueño os vencía. Convenirás conmigo, Julio, en que resulta más fácil intercalar por la mitad de la historia un «Colorín, colorado».

—Te encuentro mucha razón.

—Bien; pero ahora, oírás el final.

—Como tú quieras...

—Pues, escucha:

.....Iban a la mitad de su camino hacia la Tierra, Brocamelia y el manecbo, cuando la princesa recordó, con horror, que ignoraba su nombre.

—¿Te llamas Alvaro?—interrogó a su raptor, sin mayores ceremonias.

—No insistas en saberlo... Sea para tí el Misterio, y vivirás perpétuamente feliz.

—¡Exijo tu nombre!

—Muy bien, reina y señora. Soy... «El Príncipe del Engaño».....

—¡Tú!

—¡Yo!

—¡Me has mentido, y nunca entre engaños se encontró la Dicha!

—¡Calla, Brocamelia, calla!—Y un beso resonó entre las sombras nocturnales.

La princesita llegó a la Tierra; pero en lugar de placeres, sólo halló vicios; apuró la copa de la Alegría, y encontró que su hez era muy amarga; constituida por hiel de la Desilusión; buscó la Felicidad, y tropezó con el Has!ío; Inquirió por la Bondad, y le respondieron



del Egoísmo. Entonces volvióse en busca de su guía, el Príncipe del Engaño: mas ¡ay!, éste, cubriendo su rostro, al galope del corcel, esfumóse pronto a lo lejos, entre espesas nubes de polvo....

—Dadme Cariño—mendigó desesperada Brocamelia.

—¿Qué puedes ofrecer, cuitada?—respondieronle los mortales.

—Mis bendiciones....

—¡Nada, nada! Con bendiciones no se vive.

—Quiero Riquezas—se dijo entonces; y halló el oro por sus caminos a manos llenas.

—Busco Cariño—tornó a suplicar.

—¿Por cuánto lo comprás?

—¡Oh! Desdeño ese amor que está tasado; si cierto no ha de ser, recházolo todo!

—Pues... llama a otra puerta, misera....

Y la vez que, profundamente hastiada, volvió su vista al Pasado, dióse cuenta la princesita del error tan grande, tan grande.

¡Cómo añoraba el encantado jardín donde charlaban los pavos reales y reían las alondras; cómo los sabios consejos de aquella buena condesa; la blanca torre toda marfileña, en que los fuegos fátuos quebraban sus destellos, y el Pájaro Azul que quedara prisionero en la jaula de oro!

—Adiós, Vida, para siempre—dijo; e intentó emprender el camino de regreso hacia el país fabuloso!

Mucho peregrinó Brocamelia, mucho, hasta que al fin tropezó con los muros de su palacio. Vanamente trató de franquearlos. Eran incommovibles; gritó, sollozó, ¡nada!

Entonces, desilusionada, subió a una colina desde donde pudo echar la última mirada a la ciudad de los Tiempos Idos, al castillo y a los jardines. Y vió en su lugar otra doncella, y al pié de la tierra al fementido Príncipe del Engaño, contándole sus pasiones mentirosas; narrándole sus cuitas inventadas; arrastrándole al mundo nuevamente!

Fué lo último; un gran bienestar, una indescriptible sensación invadió su espíritu; y en la colina salpicada por blancas florecillas, se extinguió, cual ave desfallecida, la desdichada Brocamelia...



## EL ROMANCE INCONCLUSO

PRIMER PREMIO, POR

ANTONIO VIÑOLO MONTES

Este es el cuento—exclamó la abuelita—; como ves, no apropiado para niños como érais entonces, Julio; muy amargo, aunque encierra la Verdad; muy cierto, aunque fantástico. Mas... la Aurora se aproxima, y debo partir. Abreviaré. ¿Sabes quién era la princesa?...

—Brocamelia.

—¡No! La princesita esa, era vuestra Alma: ¡el alma de todos los mortales que, por desdicha, la poseen!

—¿Y el doncel del Engaño?

—Algunos lo llaman también Juventud, Adolescencia y Locura, que es todo lo mismo...

—¿Y aquella condesa Cunegunda?

—La Reflexión.

—Sin embargo, no entiendo.

—Escucha, Julio: Vuestra alma, cuando érais pequeños, vivía en el país fabuloso de la Inocencia; en el reino de la Felicidad; encontraba cariño sin tasa, amor sin límites, y no lo comprendía. A fuer de ser dichosos, deseábais que pasaran esas épocas tan bellas; queríais conocer el mundo con sus pesares, que a través del lente de lo Desconocido, mirábais como nuevo Paraíso. Pronto, la demente Juventud os atrajo, os subyugó, y enamorados de ella, abandonásteis esa sublime Infancia. Acaso, la Reflexión quiso guiaros, ¡quién escucha, cuando niño, sus frases tan verídicas!... Deslumbrados, os lanzásteis al Mundo, llegando hasta la meta: honores, fama, riqueza, a costa de abdicar en cada momento vuestra dignidad, o de no abdicarla... ¿Cariño?... ¡Según lo pagues! Entonces ¡ay!, sedientos de Amor, echásteis una vista hacia el pasado, tan limpio, tan diáfano. Por desdicha, resultaba imposible retornar a la dulce infancia, y debisteis conformaros con verla desde muy lejos, reflejada en otros niños que, como vosotros antaño, hastiados de la verdadera Felicidad, dan oídos a las palabras del Eterno Fementido... ¡Pobre Pájaro Azul, que se queda prisionero para siempre!... ¡Pobres nietecitos!

Y la voz de la abuela volvióse leve, levisima:

—Hasta pronto... Hasta muy pronto, Julio... Entonces...

—¿Entonces... qué?... Responde...

—Cuando nos tornemos a encontrar... abandonará su jaula el Pájaro Azul... Recuérdalo... Verás nuevamen-

te la torre de blanco máfil, los hermosos jardines... los magníficos pavos reales... el amor verdadero y eterno; entonces, hijo mio... ¡¡Resucitará la princesita Brocarnelia!!...

*Antonio Viñolo Montes*

LEMA: «SIMÓNIDES»





## CUENTO ESPAÑOL

---

# ALMA DE MUJER

---

### I

Moria la tarde lentamente; una tarde gris y opaca. Los finos hilos de cristal, caían lánguidos, monótonos, dejando en la calle provinciana, un eco dulce y una tristeza infinita. El cielo nuboso y encapotado parecía una inmensa lámina de acero, donde brillaba de vez en cuando el fúlgido claror de un fuego vivísimo, de una llama elímera.

Detrás de las vidrieras de un ancho y antiguo ventanal, Evangelina contemplaba impasible el fenómeno atmosférico, porque era más grande aún la horrible tempestad que se desencadenaba en su alma.

Con sus manos pálidas como los lirios, cruzadas sobre la falda, el busto inclinado y la mirada pensativa perdida en las nubes, estática, doliente, en el clarooscuro del viejo ventanal parecía una figura de retablo, una de las virgenes de Boticelli.

Su pobrecita madre, recogida en un ángulo de la habitación, lloraba quedamente, comprendiendo en su corazón de mujer el hondo dolor de su hijita querida.

Aquella carta maldita, último recuerdo de unos amores santos, había herido a las dos mujeres en lo más hondo de sus almas. Sus líneas breves, fueron agudo puñal que había entrado en sus pechos y Evangelina



sufría mucho; era su dolor violento como todo lo inesperado; irremediable como todo lo imposible; espinoso como el desengaño; horrible como el desamor; frío y agudo como el olvido.....

Alberto y ella se amaron desde que fueron chiquillos; juntos iban a la escuela; juntos jugaron en la plaza del pueblo; juntos fueron más tarde a Misa con sus madres, y juntos, como sus vidas unidas y paralelas, crecieron y se amaron, como se aman los que se aman por vez primera, y como un lazo suave, fino, el cariño unió sus corazones con una cadena que parecía eterna. Para Alberto, Evangelina era la hermana, era la madre, era la novia y la amaba como se ama a una santa, como se ama a una niña. Para Evangelina, Alberto era la felicidad, era el sueño rosado, era la esperanza, era la vida toda. Sin padre, sin hermanos ella veía en su Alberto el único amor y el único consuelo de su vida al faltarle su madre. Ella no podía comprender cómo Alberto podía haber arrancado aquel cariño de su alma para entregárselo a otra mujer que tenía menos derecho que ella.

Alberto se hizo abogado; marchó a Madrid en busca de lauros y gloria para su carrera, que le ofrecía el más brillante porvenir. Con él marchó la madre que, sola y anciana, no podía quedar en el pueblo. Al principio las cartas de Alberto eran poemas de ventura y ensueño; más tarde, fueron menos apasionadas, menos elocuentes; se adivinaba en ellas el deseo de ser conciso, breve; eran cartas familiares, llenas de consejos fraternales, pero sin calor de ilusión, sin vida de ensoñaciones; eran las cartas de un hermano..... y al fin llegó la carta final, la inesperada, la que mató para siempre la esperanza de Evangelina. Alberto rompía al fin las relaciones, dando una serie de excusas y razones, que la joven no comprendía ni podía adivinar... Más tarde supo que el cariño de Alberto se lo había robado otra mujer, y era cierto.

Emilia era temible en fuerza de su hermosura y su atracción; en la mirada misteriosa de sus ojos agarenos, enloquecía el alma de Alberto y se encendían sus pasiones en el irresistible encanto de aquella mujer de carne morena y ambarina, de facciones correctas, ideales, digno modelo del pincel mago y andaluz de Romero de



## ALMA DE MUJER

SEGUNDO PREMIO, POR

ARACELI S. BAILÓN Y MAGÁN

Torres, y ante la Venus morena, de gracia sin igual, la imagen de la triste niña provinciana, se esfumó del corazón de Alberto para siempre, como se pierde en nuestros sentidos el delicado perfume de una violeta cuando nos ofrecen un fragante y hermoso clavel, y al unirse Alberto y Emilia rompieron una vida, la vida espiritual de una mujer, nacida para amar como aman las madres.

### II

Han pasado tres años que fueron tres siglos para el alma enferma y triste de Evangelina, que parecía una sombra. En este tiempo faltó su madre; su madre que era su único consuelo, su único cariño fiel y sincero; la madre buena, en cuyo regazo se dejaba caer Evangelina, en sus horas de cruel desaliento, y aquellas manos santas, se posaban como palomas en las sienes ardorosas de la joven abandonada. Ya no le quedaba ni este consuelo, ya no tenía quien secara su llanto, ya estaba más sola, y en aquel viejo caserón, consumida por los dolores y los recuerdos. Evangelina se extinguía, se apagaba lentamente, como se apaga y consume la tenue luz de un santuario.

Su hacienda era tan escasa que apenas le producía para vivir, y sólo debido a la vida de recogimiento y soledad que su alma le pedía, podían vivir ella y la vieja Camila, única doméstica vieja y regañona que siempre tuvo la casa.

Muchísimas veces pensó en un convento donde encerrar su juventud y su vida; se acordaba de los hospitales, donde podría ser útil; pero la tumba venerada donde se encerraba el último consuelo de su vida la recogía en sus impulsos, obligándola a permanecer en el pueblo como un ejemplo de las vidas dolorosas e inútiles. Más de una vez le hablaron de contraer algún enlace ventajoso, pero rechazaba tal proposición, fundada en que ya no era capaz de hacer feliz a ningún hombre, pues no podía amar a nadie como al ingrato Alberto.

Mas la fortuna es caprichosa y llama a la puerta cuando menos se la espera. Evangelina ignoraba que aquella tita Rosa, distanciada de la familia por su matrimonio con un francés, rico y excéntrico, que hacía mu-

chos años dejó de escribirles, había de venir a España, a morir en un hotel cuando venía en busca de su hermana y su sobrina para pasar con ellas sus últimos días y legarles su gran fortuna. Y he aquí que Evangelina tuvo que marchar a Barcelona para asistir a los funerales de su tía y enterarse del contenido de su testamento, en virtud del cual, por el fallecimiento de su madre, venía ella a resultar la única heredera. Pero el dinero no modificó a Evangelina; ésta viajó por prescripción facultativa; el viejo y solariego caserón se modernizó en parte; pero había allí mucho silencio, mucha soledad; hacían falta risas, caricias, amor, en una palabra, y éste ya no pisaría jamás aquel triste recinto.

III

Alberto es hoy un hombre enfermo y triste. Su Emilia—como él la llamaba,—le dió como fruto de bendición una niña hermosísima, como su madre, la cual pagó con su vida el natalicio de su hija.

La fama que ambicionaba no llegó a pregonar su nombre, y después de unas reñidas oposiciones, marchó a un pueblecito andaluz con el cargo de Secretario.

La nena le alienta, y son para ella todos los cariños de su alma; sueña para su hijita una posición social desahogada, pero... Alberto está enfermo; contrajo en Madrid un padecimiento crónico que le tiene en constante temor, en vista de sus frecuentes y agudos catarros. Jamás pensó contraer nuevo enlace, por el temor de aumentar sus obligaciones, y si faltaba en día no lejano, dejar más hijos en la miseria y en el desamparo.

Tuvo noticia de la suerte que le había cabido a la triste Evangelina; pero ni por un momento le cruzó por la mente la idea de hacerse perdonar, mendigando el cariño de aquella mujer que había sido desdeñada. A veces, cuando consideraba la triste infancia de Emilita, acudía a su mente el recuerdo de Evangelina; pero casi al mismo tiempo lo rechazaba, porque le parecía una imperdonable acción llamar de nuevo al corazón de aquella mujer, cuando acudía enfermo, sin for-

# ALMA DE MUJER

SEGUNDO PREMIO, POR

ARACELI S. BAILÓN Y MAGÁN

tuna y con un váslago de su primer matrimonio. Era pensar en lo imposible, y considerándolo así, reconcentraba todo el cariño de su alma en la pequeñuela, que jamás tendría otra madre.....

Alberto se moría víctima de su agudo padecimiento; sus últimas horas de vida fueron de una pena infinita y de un dolor intenso, al considerar la triste orfandad de la nena.

El único pariente que había a la cabecera del lecho del moribundo, recogió su último suspiro y su última voluntad y ruego, disponiendo que se hiciese cargo de su hija y de su pequeño mobiliario, y para resarcirse de los gastos que la nena ocasionase, vendiese el último y pequeño pedazo de tierra que en el pueblo poseía.

El tío Miguel, pobre labrador cargado de años y de hijos, llegó una tarde de otoño, triste y lluviosa, al pueblo, con unas viejas maletas y una chiquilla tan hermosa y tan encantadora, que llamó la atención del vecindario a pesar de su triste ropita negra.

Desde que Emilita llegó a casa del tío Miguel, Evangelina no comía ni dormía; le pareció que había en su alma un cascabeleo, que tan pronto tocaba a muerto como tocaba a gloria.

Y era que germinaba en su alma un deseo grande, heróico; grande como su alma, heróico como su vida toda, y temía que no llegase a poder realizarlo; al fin decidióse, y avistándose con el tío Miguel, le manifestó su deseo ardiente, vivísimo, de quedarse para siempre con la nena, ser su segunda madre, llenar su vida de cariño y atenciones y velar por ella como velan los padres por los hijos..... Y el tío Miguel, que comprendía el amor grande que aquel corazón había guardado para Alberto, no vaciló en entregar a Emilita, porque aquella mujer sería para ella la felicidad y la fortuna.

IV

Han pasado muchos años. Emilia es hoy una mujer, hermosísima, como era su madre; virtuosa y buena, co-



mo Evangelina, e inmensamente acaudalada, gracias a la fortuna de su protectora.

Vive en la ciudad condal, casada con un ilustre aristócrata que adora en ella.

En su gabinete y en un marco de plata repujada, conserva el retrato de Evangelina, cuando ésta contaba veinte primaveras y era el primer amor de su padre.

En un cofrecito de ébano, conserva como un tesoro las cartas que Alberto escribía a Evangelina cuando era ésta su único amor, y que ella entregó a Emilia como regalo de boda, en unión de casi toda su fortuna, pues ella quedóse con lo más indispensable para vivir en el pueblo donde pasó su vida toda..... y Emilia es hoy feliz, gracias a la abnegación, al desinterés y al cariño sin límites, de su mamá Evangelina, como ella la llama.

Y así son algunas almas: grandes, generosas, infinitas, altísimas, serenas como un lago, dulces como una plegaria, y blancas, niveas, purísimas, como almas de mujer.

*Araceli S. Bailón y Magán*

LEMA: «HACIA LAS CUMBRES»

